

rruaje, y ya veía la imagen de Luis suplicante y reconquistado. Con un gozo cruel le ataba por medio de lazos hábilmente dispuesto, y se vengaba en aquel esclavo, embriagado por sus filtros amorosos, de la humillación que le había hecho sufrir.

VI

Boissise había cambiado mucho desde el día en que la señora de Hérault fijó allí su residencia para no separarse de su nieto. Alrededor del castillo, fastuosamente restaurado por Pedro Hérault, se había agregado un millar de hectáreas de terreno. Un lago abierto en medio de una pradera extendía sus orillas hasta los primeros árboles del bosque. En una isla, en medio de un promontorio elevado y rodeado de follaje, se alzaba, como en las encantadoras composiciones de Huberto Robert, la columnata blanca de un pequeño templo. Las avenidas del parque formaban bóvedas sombrías, iluminadas de noche por candelabros que un gasómetro alimentaba abundantemente. Do quiera la naturaleza había sido ayudada por el progreso.

Delante de la entrada se veía, majestuoso y soberbio, un jardín á la francesa, en el que cada cuadro estaba adornado en el centro por una inmensa cesta, sobre la cual se desarrollaba, en forma de asa, un arco de hierro cubierto de un rosal trepador, y en cada uno de los extremos por un

cono de cuatro metros encarnado y florido, formado por dos mil macetas de geranio hábilmente dispuestas en una gradería. En los cuadros rubias del Levante, cuyos tallos ostentaban flores encarnadas arriba y blancas abajo, triunfo de un ingerto inteligente. Las cuadras, reconstruidas, podían contener veinte caballos, y los bosques estaban poblados de faisanes para las tiradas de otoño.

Aquella admirable posesión apenas había sido habitada desde la muerte de Pedro Hérault. El personal, sin embargo, seguía completo. Todos los años, en la primavera, los jardineros ponían el parque en disposición de que fuera visitado. Todos los veranos los guardas dejaban en el bosque la misma cantidad de perdices, de codornices y de faisanes. Todo estaba dispuesto para recibir á los dueños, y sin embargo, el castillo seguía abandonado. A la apertura de la caza, Luis solía ir ocho días con varios amigos, mataban algunos centenares de piezas, se marchaban y no se les volvía á ver en todo el año.

Solo con la señora de Hérault le existencia en aquel gran castillo le hubiera parecido insopportable. Aunque Lereboulley se instalaba por dos meses en la vecindad, esto no bastaba para atraer á Luis. El joven no tenía, como el senador, el cuidado de grandes intereses políticos que cultivar en el Eure durante semanas enteras. No tenía popularidad que sostener, ni influencia que acrecentar, ni excursiones electorales que emprender. Y cuando le faltaba el recurso de pasar las noches en la butaca de un teatro ó de tallar una banca en el

circulo ó de visitar á algunas amigas galantes, los días eran para él lánguidos é incoloros. Al cabo de una semana le invadía la nostalgia de Paris, y no tenía más afán que pedir un carruaje y huir del silencio majestuoso de los bosques, de la extensión absorbente de las llanuras y volver á la ciudad, donde todo era ruido y no había horizonte que no tuviese límites.

Por primera vez, viendo allí á la señorita de Gravelle, descubrió Luis en Boissise encantos desconocidos. No se sintió devorado por el fastidio como en otras ocasiones, y se asombró de encontrar aquella soledad menos vacía, sin darse cuenta de que estaba poblada por sus sueños y por sus esperanzas. En compañía de la joven recorrió los jardines, las huertas, todas las dependencias y se interesó por todas las cosas que hasta entonces le habían sido indiferentes. La variedad de conocimientos de Elena le admiraba. Educada hasta los dieciséis años en el campo, conocía todos los secretos del cultivo. A los ojos de aquel parisiense, que no podía distinguir el trigo de la cebada, pasó por un prodigio. En un acceso de entusiasmo dijo á la señora de Hérault:

—La señorita de Gravelle es extraordinaria. Lo sabe todo.

La anciana no le desmintió, porque no estaba lejos de creer que Elena resumía todas las perfecciones. Excitada por el ardor de su nieto se unió á los jóvenes y les hizo los honores de sus estufas. Pero sucedió que Luis no encontró ningún placer en las explicaciones de su abuela. Pensó

que la horticultura no era tan agradable como parecía, y que las conferencias sobre la variedad de las flores no tenían mérito sino cuando salían de ciertos labios. La víspera había pasado horas deliciosas viendo las plantas más comunes, y entonces no le llamaban la atención ni las especies más raras y costosas. De aquí vino fatalmente la conclusión de que todo su goce procedía de la intimidad con Elena y que sólo con ella le eran gratos los paseos. Todo el mal consistía en la presencia de un tercero, aunque éste fuese su abuela, que no era molesta, pero que tenía el inconveniente de hacer más reservada á Elena, impidiéndola mostrarse en toda su cándida y encantadora exuberancia.

Porque desde que había vuelto á respirar el aire de los bosques, en medio de los cuales había corrido su infancia, la señorita de Grville experimentaba una especie de embriaguez, y una súbita florescencia daba á su belleza grave una suavidad y un brillo enteramente nuevos. La palidez que había impreso en sus mejillas el trabajo sin descanso en la atmósfera ahogada de una habitación pequeña había desaparecido. Una sangre más ardiente coloreó su rostro y sus ojos brillaron más vivos. Se operó en ella una transformación completa en lo físico como en lo moral. Aquella naturaleza hasta entonces comprimida por los cuidados y los sufrimientos, se desarrolló como un arbusto helado por el viento del invierno al recibir los rayos del sol de primavera. El ligero fruncimiento de sus labios desapareció en una sonrisa, y su frialdad, un poco

severa, se fundió en una alegría expansiva. Fue verdaderamente feliz, y la irradiación de su dicha la hizo más seductora. Luis y su abuela asistieron encantados á esta transformación. Se atribuyeron el honor de ella y se aficionaron cada vez más á la que en cierto modo consideraban como su creación. La anciana experimentaba satisfacciones maternas viendo desarrollarse aquel cuerpo delicioso, que adquiría cada vez más gracia y más elegancia. Luis estaba desvanecido por los resplandores de aquella imaginación que, libre del yugo de la miseria, se revelaba á la vez potente y delicada.

Al cabo de algunos días se presentó en Boissise Emilia Lereboulley, que se había instalado en Evreux con su padre. Entonces la existencia de los jóvenes fué más activa. Recorrieron el país en la *charrete* de Emilia, tirada por un vigoroso caballo irlandés, corto de piernas y fuerte de riñones. Volvieron á ver el camino de travesía en que Emilia, con su carruaje atascado, había conocido á Luis; fueron á almorzar á las ruinas de Saint-Wulfrand, alegres como estudiantes en vacaciones.

Recorrian las calles de árboles, respirando con delicia el aire libre, sin hablar y encantados como si se dijeran las cosas más agradables; hasta tal punto sentían sus corazones llenos de felicidad. Sentado á la orilla de un foso, al pie de una añosa encina, por cuyas ramas se filtraban los rayos del sol, Luis pasaba horas enteras contemplando furtivamente á Elena. Sentía impulsos de arrojarle á

sus pies y decirle que la adoraba y pedirle que le correspondiese, pero el esfuerzo que tenía que hacer para hablar, la indecisión de su carácter y el temor de turbar la armonía de aquellos días felices le detenían. «¿Para qué? — pensaba —. Tengo tiempo. ¡Seré tan feliz cuando sea mi mujer! ¿Qué dicha más grande podré experimentar?» Y no deseaba á Elena. Por la primera vez de su vida su amor era casto y tenía algo de fraternal. Admiraba y quería á la joven sin que se turbaran sus sentidos. Hubiera podido perderse en los bosques y pasar toda la noche con ella en la cabaña de un leñador sin que se le ocurriera cogerla en sus brazos. Al pensar que podía perderla y que ella proporcionaría á otro los goces morales que él disfrutaba, se hubiera entregado á la más violenta desesperación. Le era ya indispensable para la vida y, sin embargo, no hubiera hecho nada por poseerla. Había en ella una majestad virginal que le imponía. La miraba en cierto modo como á una diosa, con la cual los mortales no tenían derecho á propasarse. Su amor tenía mucho de respeto, y aquel respeto, que jamás le había inspirado ninguna mujer joven y bonita, le hacía enmudecer cuando la contemplaba extasiado.

Sin embargo, era imposible mostrarse más sencilla, más alegre, más comunicativa que lo era Elena. Su altivez, que era en gran parte cortedad, había desaparecido. Trataba á Luis como á un hermano, como á un camarada, con algo de deferencia nacida de la gratitud de aquella alma delicada hacia el hijo de la que la había colmado de

beneficios. Sentía una profunda ternura compuesta de los ensueños de otros tiempos y la realidad del presente. Siempre era para ella el joven delgado y pálido que atravesaba el patio del hotel, enlutado por la muerte de su padre y á quien ella seguía con los ojos llenos de afectuosa compasión. En él veía el mismo paso indolente, la misma gracia un poco afeminada, la misma dulce mirada. No había cambiado; aunque ya no estaba triste volvía á encontrarle tal como le había adivinado; débil en la parte moral, pronto á dejarse dominar, pero capaz de todas las violencias cuando se veía apoyado. Hombre sin dejar de ser niño que tenía necesidad de alguien que le guiara para no ser víctima de tontos y malvados.

Elena conocía ya la importancia de las fuerzas industriales, puestas en aquella mano débil, por haber oído hablar de ellas hasta la saciedad y veía con sentimiento que estaban abandonadas. ¿Cómo era posible que el hijo de un gran industrial dejara la dirección de sus talleres á extraños y viviera en la molicie, en lugar de poner por sí mismo en movimiento todos los resortes de la inmensa máquina? ¡Oh! Si ella hubiera sido hombre y le hubiese tocado en suerte esta tarea, ¡con qué pasión habría consagrado á cumplir su deber todos los recursos de su inteligencia! Algunas veces hablaba delante de él en este sentido, con discretos miramientos para no herirle con la expresión completa de su pensamiento, que contenía una recriminación grave. Procuraba estimularle y despertar en él un acceso de entusiasmo, diciendo:

—La primera virtud de un hombre es el trabajo
¿Qué es un hombre que no hace nada?

El respondía sonriendo:

—Un hombre que no hace nada, es un hombre que goza de la vida, que corre por los bosques, que descansa á la sombra y que pasa la velada hablando con usted; es un hombre feliz.

—¿Pero es útil?

—Muy útil á sí mismo.

—¿Y eso es bastante?

—Según los gustos.

—Pero ¿y si fuera usted pobre, señor de Hé-
rault?

—Haría lo que todos, procuraría dejar de serlo; pero afortunadamente mi abuelo y mi padre trabajaron para mí.

—¿Y usted deja abandonado el gran patrimonio que heredó? Toda fortuna que no aumenta disminuye, como decía la otra tarde el señor de Lereboulley. ¿Quiere usted acabar por arruinarse?

—Siempre tendré bastante y por bastante tiempo para mí. Si tuviese herederos, si llegara á mi vez á ser jefe de familia, cambiaría acaso de modo de pensar. Pero ahora ¿por qué me he de preocupar? A mí no me gusta el trabajo por el trabajo. Trabajar para un sér querido, para una mujer, para un hijo, se concibe; pero hacerlo únicamente por agitarse, por ganar, no; no tengo esa vocación.

Emilia solía poner término al debate diciendo con irónica sonrisa:

—Luisito, tú no ere más que un decadente del

grande y del mediano Héroult. Tú acabarás en la miseria, á menos que una mano enérgica te sostenga. En el fondo no deja de ser profundamente moral que el gran montón de oro que posees, sin haberlo ganado, vuelva á la masa de todos los que sufren y se agitan en el trabajo diario. No te asustes ni me acuses de socialista. Está probado que en los tiempos en que vivimos las fortunas no duran tres generaciones. El padre la gana, la conserva el hijo y el nieto la derrocha. Tú eres el nieto, Luis Héroult Gandon, y tienes buena disposición como lo has probado comiéndote la herencia de tu madre. Lo mismo harás con la de tu padre, sino te ponen un buen freno.

—Gracias. ¿Te debo algo por la consulta?

—Es gratuita. Aprovéchala si puedes, pero no es probable.

Algunas veces Luis, estrechado por los argumentos de las dos mujeres, solía decir con gravedad:

—Está bien; serán ustedes satisfechas. Me marcharé hoy mismo á Paris y á la fábrica.

A lo que contestaba Emilia.

—No hagas tal cosa. Tomarías calor en el camino de hierro, irías esta noche al círculo, perderías mil luises al *baccarat* y volverías aquí mañana á la hora de comer. De modo que el viaje sería inútil.

Luis se echaba á reír y los tres iban á dar un paseo. Pero Elena no estaba satisfecha, porque creía que Emilia no tomaba bastante por lo serio á Luis. El empeño de tratarle siempre como á un niño grande, la mortificaba; parecía que se la hacía una ofensa dudando de las cualidades del hijo

de su bienhechora. Habló de esto á la señora de Hérault, que le dió la razón. También la bondadosa anciana deseaba ver á su nieto haciendo vida de hombre y probando que corría por sus venas la sangre vigorosa de su raza.

Siempre había esperado que después de arrojar á la corriente de la vida el sobrante de su juventud, Luis se haría razonable. La rápida metamorfosis que se había operado en él desde algunas semanas antes, anunciaba la evolución final. Era evidente que iba entrando en el buen camino, pero no se le debía pedir todo de un golpe. Iba tomando el gusto á la vida de familia, puesto que si antes corría sin cesar de un lado para otro, en verano á Trouville, en invierno á Mónaco, jugando, cenando en alegre compañía, viviendo en fiesta perpetua, y se le encontraba en todas partes menos en su casa, ahora no se movía de ella y parecía satisfecho. Había en esto tal progreso que no se le debía pedir más por miedo á perderlo todo.

—Si, hija mía, decía la señora de Hérault, aquí le tenemos seguro y en París bastaría una mala inspiración para que cometiese alguna imprudencia. Allí está el círculo donde los amigos le ganan el dinero, y hay otras cosas peores... Nada, nada, conservémosle aquí, que esta es su salvación. Mientras lo tengamos entre las dos no corre ningún peligro.

La anciana suspiraba y miraba á la joven sin atreverse á completar su pensamiento, pero en el fondo hacía fervientes votos porque Luis se decidiera á casarse con Elena. ¿Qué importaba que no

tuviese fortuna? Su razón firme y la influencia cada vez mayor que ejercía sobre Luis valían más que un dote. Aquellos eran bienes inalienables que producían á guisa de intereses la seguridad y la dicha. Además dar á la señorita de Gravelle una parte de la fortuna de la casa Hérault era pagar la deuda contraída sesenta años antes con sus ascendientes. Este pensamiento le agujoneaba, pero no se atrevía á confiarlo á su nieto por miedo á cambiar sus buenas disposiciones, ni á Elena por no herir su susceptibilidad. Contaba para obtener el resultado que apetecía con la intimidad del campo y la expansión de aquella vida al aire libre.

Entre tanto, para no hacer de Boissise una Tebaida, recibían, y con la ayuda de Lereboulley la existencia era muy agradable. De los castillo vecinos asistían algunos concurrentes y la guarnición de Evreux enviaba sus más brillantes oficiales. Se organizaban reuniones todas las semanas y había partidas de campo y de pesca, tiro de pichón, música y baile.

Llegó el mes de Agosto y Luis decidió dar una gran fiesta el día 10, aniversario del nacimiento de la señora de Hérault. Se hicieron invitaciones hasta en París y el castillo se llenó de convidados por primera vez en aquella temporada. Parecía que habían vuelto los tiempos de Pedro Hérault en que los huéspedes de Boissise se renovaban por series todas las semanas como en los dominios reales. El programa de la fiesta diurna y nocturna había sido dispuesto por Luis y Emilia. Baile campestre debajo de una gran tienda de campaña que

llenaba toda la plazoleta del parque; fuegos artificiales, cuyos árboles estaban puestos desde la vispera; en los lagos barcas con faroles á la veneciana, donde se situaron las orquestas que animaban el conjunto con sus gratas armonías y en el comedor un banquete de cuarenta cubiertos.

A las cinco de la tarde y en medio de la mayor animación de todos los jóvenes apareció Lereboulley que no perdía nunca la ocasión de consolidar su influencia sobre los maridos, haciendo la corte á las mujeres; se presentó vestido con pantalón gris, chaleco blanco y frac azul, que según la expresión de Emilia resultaba á la vez elegante y digno en medio de los fraques encarnados de los muchachos. Después de los primeros cumplidos y los saludos obligados, atravesó una pradera en que se había entablado un partido de pelota entre jugadores afamados y dijo dirigiéndose al grupo en que estaban la señora de Hérault y Elena:

—Quizás dirán ustedes que soy indiscreto, pero he invitado á comer á una persona con quien no contaban. Si no hay sitio para él le pondremos una mesita con Emilia.

—¿Quién es?—preguntó la anciana que no adivinaba á quien podía tratar con tanta confianza.

—Thauziat—respondió el senador.

Hubo en el grupo un silencio embarazoso. Todos los que lo componían cambiaron entre sí miradas que expresaban con claridad sus pensamientos. Durante un segundo, Luis, Emilia y Elena se mostraron tan de acuerdo que no lo hubiesen estado más, si hubieran hablado dos meses seguidos

de lo que pasaba en sus almas. La imprevista llegada de Clemente era para todos ellos motivo de angustia. Luis temblaba á la idea de que su amigo iba por Elena. Emilia pensaba con amargura que Thauziat preparaba alguna tentativa suprema para conquistar el corazón de la señorita de Graville. Elena veía en la aparición de aquel hombre una amenaza para la seguridad de Luis y para su dicha. Lereboulley continuó dando explicaciones:

—Acaba de llegar en el expés. Ha tomado habitación en Evreux y ha entrado en mi gabinete cuando me disponía á salir. Yo he querido traerle desde luego, pero no ha consentido en ello por temor de parecer indiscreto... Como si no fuera aquí, lo mismo que en mi casa, poco menos que un hijo... En una palabra, he convenido con ese ceremonioso caballero en que si se le admite le enviaré mi coche, y si no comerá solo y vendrá á vernos esta noche.

—Envíele usted el coche al momento—dijo la señora de Hérault. Nos estrecharemos un poco, pero es preciso que sea de los nuestros.

Luis se volvió hacia Elena y un poco pálido fijó en ella sus ojos suplicantes. Nunca había demostrado tan claramente que la amaba. Una gran alegría invadió el corazón de la joven, que se atrevió á sonreírle con la cabeza erguida y la mirada fija, como para decirle: «No temas, yo soy tuya, nada más que tuya y no hay en el mundo ningún don Juan que sea capaz de impedirlo.» Él bajó la frente con tristeza. Conocía á Clemente y tenía miedo. Elena tuvo compasión de su angustia y dijo á Emilia:

—¿Quiere usted dar una vuelta con nosotros por el salón de baile para ver si está todo como usted ha dispuesto?

Tomó el brazo de Luis sin esperar á que se lo ofreciera, y los tres, como de costumbre, se internaron por las avenidas del parque, recogiendo en el recuerdo delicioso de los días sin nubes, á fin de cobrar fuerzas para arrostrar la tormenta. Oían los gritos alegres de los jugadores, y la muda tranquilidad de la calle de árboles, fresca y perfumada, les parecía encantadora. Ni siquiera llegaron hasta la tienda donde se debía dar el baile, pues todos sabían que la proposición de Elena no era más que un pretexto, y sin hablar regresaron despacio, cuando ya no les fué posible permanecer más tiempo lejos de la fiesta.

Caía la tarde y los salones del castillo estaban ya iluminados. Subieron la escalinata, entraron y la primera persona que vieron en pie delante de la chimenea hablando con la señora de Hérault fué la que ocasionaba todos sus temores. Había adelgazado, de suerte que parecía más alto. Su rostro estaba algún tanto demacrado, y hacia las sienes algunos hilos de plata brillaban entre su negra cabellera. Al ver á su amigo y á las dos jóvenes sonrió y sus ojos se iluminaron. Se adelantó á Luis, tendiéndole la mano, y se la estrechó con efusión de indudable lealtad.

Acaso se proponía conquistar á Elena, pero era evidente que lo haría frente á frente, á rostro descubierto. Debía tener esperanza, porque estaba radiante. Elena no le había visto así nunca, porque

desde que le conoció siempre le había encontrado inquieto y preocupado. Entonces vió aparecer al Thauziat de los grandes triunfos, el que poseía una elegancia soberana, un ingenio brillante y una gracia poco menos que irresistible. Hasta aquellas hebras blancas en sus cabellos á los dos lados de la frente le daban una dulzura que antes no tenía, y quitándole algo de su aspecto diabólico le hacían más humanamente bello.

—Le encuentro á usted un poco cambiado—dijo Emilia con tristeza.—¿Ha estado usted enfermo?

—Si, he tenido preocupaciones graves... Pero he tomado mi resolución, y ya pasó todo.

Los tres se miraron. ¿Quería dar á entender que habiendo adorado á Elena había renunciado á ella? ¿O con la orgullosa franqueza que le era habitual levantaba osadamente su bandera delante de todos y declaraba que iba á combatir? No se dirigió particularmente á Elena, ni pronunció una sola palabra que pudiese aclarar su situación. Habló de sus cacerías. Describió los inmensos bosques de pinos seculares, cuyos troncos, derribados por los huracanes, eran tan gruesos que se necesitaban escalas para franquearlos; sus altos matinales en la cumbre de las montañas para esperar la aurora anunciada por el canto del gallo. Contó sus correrías por los áridos picos y las profundas gargantas en persecución de la cabra montés, tan hábil en adivinar el peligro, y los violentos saltos de la pieza herida por una bala, que se agarraba con sus patas temblorosas al borde del precipicio, acabando por rodar jadeantes á los pies del cazador. Aquel sibarita que

no encontraba en París lujo bastante refinado, confesaba que había pasado con delicia dos semanas en una cabaña cubierta de ramas, durmiendo en un lecho de paja, sin tener por compañeros más que rústicos montañeses que le servían de ojeadores, ni más alimento que la caza que mataba. En los bosques desiertos y en los peñascos casi inaccesibles de Arlberg había llegado casi á perder el sentimiento de su personalidad, olvidando todos sus pesares.

Para manifestar sus impresiones encontró frases de verdadero poeta, y tuvo á su auditorio completamente encantado. Todo había desaparecido en torno suyo, y él solo inspiraba interés. Había absorbido á todos los presentes como el sol al aparecer absorbe las nubes, las disipa y se eleva majestuoso, brillante en medio del vacío.

Durante una hora no hubo allí ningún hombre que no le envidiara y ninguna mujer que no rindiera homenaje á su superioridad. Fué lo que quería ser: dominador. Dió á la mujer por quien había desarrollado todas las fuerzas de su inteligencia la prueba irrecusable de su prestigio y la medida de su poder. Deseando ser amado, demostró que era digno de serlo. ¿Pero era necesario aquel alarde? ¿No encuentra una mujer en su corazón argumentos inesperados con que triunfar de los mejores razonamientos de la inteligencia?

—Mi querido Clemente, no tiene usted igual— dijo entusiasmada la señora Hérault, sin sospechar la cándida anciana que tiraba con bala roja sobre sus propias tropas.

Le abrumó con sus cumplidos y agasajos hasta el momento en que avisaron que estaba servida la sopa. La comida fué larga y embarazosa. Las proporciones de la mesa hacían difícil una conversación general. Luis tenía á su derecha á la mujer del prefecto y á su izquierda á una ilustre anciana de la vecindad. Cumplió el deber de atenderlas, pero no sin esfuerzo. Su atención estaba dividida entre Elena, que tenía á su lado á Lereboulley y Thauziat, colocado junto á Emilia. Repartidas de este modo las fuerzas, toda batalla se hacía imposible. Si se verificaba algún choque había de ser en terreno más favorable. El momento de levantarse de la mesa fué de satisfacción para todos. Hacía en las habitaciones un calor insoportable, al paso que en la terraza se disfrutaba un fresco delicioso, así es que en pocos minutos los salones quedaron desiertos y todos se fueron esparciendo por el exterior. Luis sufrió el tormento de tener que permanecer al lado de su abuela para recibir á los convidados á la fiesta nocturna que iban llegando.

Comprendía que en la sombra que invadía la terraza, los jardines y el parque, Thauziat tenía completa libertad de acción, que podía acercarse y hablar á Elena y que Emilia no bastaba á oponer con su presencia un obstáculo suficiente á aquel aventurero. Le había visto maniobrar en casos semejantes, y sabía que poseía el arte de esas sorpresas que en una hora hacían caer en sus brazos una mujer ciega por un vértigo inexplicable. Padecía de impaciencia, registraba las tinieblas con la mirada, escuchaba todos los rumores que se oían

en el exterior, y no veía más que el cielo enrojecido por las iluminaciones, ni oía otra cosa que los sonidos de la música y las alegres risas de la concurrencia: ¿Dónde estaban ellos? ¿Qué hacían? ¿Qué decían? Al cabo de una hora no pudo aguantar más y bajó con su abuela.

Se disparaban los primeros cohetes. A cada momento grandes resplandores rasgaban la obscuridad y los grupos quedaban iluminados como en pleno día. Luis recorrió con la vista toda la terraza sin lograr descubrir ni á Elena, ni á Emilia, ni á Thauziat. Quedó inmóvil con el corazón oprimido sin atreverse á buscarlos, y teniendo la certidumbre de que en aquellos momentos de tortura se estaba decidiendo su suerte. Una mano, apoyándose en su hombro, le sacó de aquel estupor. Se volvió y vió á Emilia pálida y grave. Iba Luis á preguntar: «¿dónde están?» pero ella, como si hubiera comprendido su angustia, se anticipó á su pregunta señalando con la mano hacia el estanque, y le dijo:

—Están allí.

Entonces distinguió entre varias formas confusas la gallarda figura de Clemente y á su lado el vestido blanco de Elena. Estaban apoyados en la balaustrada de piedra.

—¿Por qué no te has quedado con ellos?— preguntó Luis.

Emilia sonrió tristemente.

—Porque les hubiera molestado, como les molestarias tú mismo. Están hablando, dejémosles que hablen.

Luis sintió que se le abrasaba el pecho y se le

llenaban los ojos de lágrimas y se dejó caer en un banco murmurando:

—¿Habré de renunciar á toda esperanza? ¿Voy á perderla?

—¿Quién es capaz de conocer el secreto de una mujer?—dijo Emilia sentándose á su lado.—Elena es de las que no dicen su pensamiento sino cuando quieren decirlo, y que no hacen más que su voluntad. Thauziat debía amarla fatalmente; es una naturaleza idéntica á la suya. Si se casa con ella nunca habrá juntado el azar con más exactitud dos mitades en una unidad que se llama matrimonio.

Luis apretó los puños y contestó con rabia:

—Tu filosofía me exaspera, y tengo tentaciones de ir á insultar á Clemente y á pegarle.

—¿Con qué derecho? ¿Tienes la pretensión de impedir que Elena le ame?

—Tengo la pretensión de matarle si le prefiere.

—Si se hubiera de verter sangre cada vez que el corazón experimenta una decepción—dijo Emilia dulcemente—yo que he sido siempre objeto de risa ó de desprecio hubiera hecho ya correr un río.

—¿Pero qué quieres que haga?

—Nada. Tú no eres de los que fuerzan el destino, sino de los que lo sufren. Desde hace un mes has tenido veinte veces la ocasión de decir á Elena que la amabas. Te has dejado llevar del placer de amar, y eso te ha bastado. Ha sido necesario que apareciera un rival para que apreciaras el bien que desperdicias. ¡Y ahora gritas y amenazas! ¿Por qué? La señorita Graville es libre. Puede esco-

ger. No habrás incurrido en la locura de pensar que la obliga lo poco que os debe. Ella ha hecho por vosotros con su presencia en vuestra casa más que vosotros por ella sacándola de la pobreza. ¿Con qué título pretendes interponerte entre ella y Thauziat? ¿Eres su hermano ó su prometido?

—Tú hablas fácilmente—dijo Luis con ira.—Si amases...

¿Yo?—interrumpió Emilia con una mirada de fuego que asombró á su amigo.—¡Yo!

Y prorrumpió en una risa amarga que descubrió sus dientes agudos.

Tienes razón. Yo no amo... Yo estoy condenada á no conocer más que la amistad, no el amor. Pero quiero á mis amigos tiernamente, y hasta donde es posible con inteligencia. En este momento te lo pruebo reteniéndote á mi lado... ¿Quieres ahora un buen consejo? No te mezcles en lo que pasa. Es el único modo que tienes de ganar algo. Deja obrar á los demás; permanece impasible... Hay horas en que la mayor de las habilidades es no hacer nada... Además, dada tu naturaleza, si Elena ama á Clemente pronto te consolarás.

—Nunca.

—Ya sé yo que significa en tus labios el *nunca* y el *siempre*: una semana. No, no protestes. Feíces los que olvidan, yo no compadezco más que á los que recuerdan.

Luis no la escuchaba. Se había levantado y se dirigía hacia los jóvenes. Ella le siguió. La conversación de Elena y Clemente tocaba á su fin.

La joven le había saludado con una leve inclina-

ción de cabeza y volvía á pasos lentos hacia la terraza. Él la acompañaba respetuosamente. Al acercarse á Emilia y Luis pudieron éstos notar que sonreía.

Elena estaba seria.

—Hacia mucho tiempo que no veía usted á la señorita de Gravelle—dijo Emilia á Clemente—y sin duda tenía usted muchas cosas que decirle. Hace una hora que están ustedes hablando.

—¿Una hora?—exclamó Clemente mirando á Elena.—No lo hubiera creído.

—Sin duda el asunto de la conversación era muy interesante—añadió Luis con amargura.

—Mucho—dijo Elena con una calma que aterró á Hérault, porque vió en ella la sentencia de muerte de su amor.—El señor de Thauziat me hablaba de mi país y de algunas personas á quienes conocí en otro tiempo. Me ha pedido noticias que creo que podré darle.

—¿Mañana?—preguntó Thauziat.

—Mañana—repitió Elena.

Y los dos cambiaron una mirada que hizo hervir la sangre en las venas de Luis, el cual estaba persuadido de que le engañaban y que aquellas palabras tenían un doble sentido. Se contuvo temblando, y con los labios secos y esperando que alguna palabra le diera motivo para estallar y desahogar su cólera. Pero aquella palabra no vino. Lereboulley se acercó con la señora de Hérault. Había llegado el momento de dar una vuelta por el baile campestre. La anciana tomó el brazo de Elena, en quien le gustaba apoyarse y marcharon todos juntos.

Desde la terraza á la plazoleta, la gran avenida del parque estaba iluminada por dos cordones de luces de gas. Los pájaros despiertos por la luz, volaban espantados de rama en rama, y en la superficie de los lagos, enormes carpas seguían á las lanchas, creyendo que era de día. En la parte de parque abierto al público, circulaban aldeanos mezclados con gentes de la ciudad, deteniéndose en las cantinas al aire libre, convenientemente dispuestas. Soldados de la guarnición que habían obtenido permiso se confundían con la multitud. en cuya masa negra ponían la nota alegre de sus uniformes.

Debajo de la tienda, doscientas personas bailaban al son de una orquesta, no danzas campestres, sino polkas y valsos como en las ciudades. La animación era grande, pero se advertía una compostura afectada y un deseo general de llamar la atención. El molinero de Boissise, que quiso olvidar las buenas formas y quedarse en mangas de camisa á causa del calor, gritando también más de lo conveniente, fué cogido por el guarda mayor del castillo y obligado á salir de la tienda. Las jóvenes con vestidos claros, paseaban en grupos con aire un tanto presuntuoso. Todo allí era artificioso y no se veía ni rastro de las costumbres francas y libres de otros tiempos.

Cuando se presentó la señora de Hérault seguida de sus amigos, fué saludada con grandes aclamaciones. Lereboulley, que cuando estaba en su departamento no podía ver diez personas reunidas sin tomar la palabra, espetó un discursito en que

celebró grandemente á la familia de Hérault. Luego hizo con moderación el elogio del gobierno y encontró medio de terminar con la palabra *República*. La orquesta tocó en seguida, pero no la *Marsellesa*, porque el guarda mayor de la señora de Hérault, antiguo sargento del ejército de Metz, había prevenido de antemano á su director que si se valía de sus instrumentos para hacer política, le metía el bombo por la cabeza. La señora de Hérault permaneció algunos minutos viendo bailar á los concurrentes y luego, sintiéndose un poco cansada, volvió al castillo.

También en el gran salón se organizó un baile, pero allí se bailaba sin entusiasmo y sin casi placer. Los que hubieran podido dar impulso á la alegría estaban distraídos ó tristes. Durante un par de horas se estuvieron formando parejas con la mayor corrección. Elena valsó dos ó tres veces, como para cumplir un deber, pero no lo hizo ni con Thauziat ni con Luis. Los dos se abstuvieron de invitarla. Ella visiblemente turbada, á pesar del imperio que tenía sobre sí misma, permaneció al lado de Emilia que no la hablaba sino de cosas indiferentes y á largos intervalos, respetando con un tacto exquisito la preocupación de su amiga.

A la una de la madrugada las dos jóvenes salieron á la escalinata. La noche era hermosa. El cielo, de un azul oscuro estaba lleno de estrellas. La luna brillando en el horizonte iluminaba la arboleda con sus rayos de plata. Los lagos habían quedado silenciosos y desiertos. La orquesta del